

UN TIPO DE UNOS CUARENTA

Eugenio Viejo



Eugenio Viejo

Un tipo de unos cuarenta

Título original: *Un tipo de unos cuarenta*
© Eugenio Viejo, 1984



Índice de contenido

Cubierta

Un tipo de unos cuarenta

Sobre el autor

A Juan con mi agradecimiento por su ayuda.

UN TIPO DE UNOS CUARENTA

Me fijé en él porque, incluso en este barrio, no es frecuente que un tipo se meta en una bodega a las nueve y media de la mañana, como si hubiese pasado toda la noche esperando que la abrieran, y compre una botella de güisqui al buen tuntún, sin fijarse siquiera en la etiqueta y desperdiciando dos pesos por lo menos con su distracción. Y menos frecuente aún es que un tipo así pague con un billete de veinte dolares que ha sacado de un bolsillo de la camisa con el gesto de quien quema el último cartucho o de quien está acostumbrado a empezar cada nuevo día cambiando uno de los grandes.

Carlitos, el bodeguero, tampoco las tuvo todas consigo y anduvo dándole al billete más vueltas que a un molinillo entre sus dedos regordetes y sucios, aunque al final debió pensar que mejor era no buscarle querella a un tipo así y que, además, durante la jornada tendría sobrada ocasión de librarse de aquel billete que de tan verde y lustroso parecía falso. Lo que sí hizo Carlitos fue echarle un vistazo largo y detenido a aquel sujeto que venía a fregarla tan tempranito.

Lo segundo que el tipo aquel inventó fue meterse directamente en la tienda de los coreanos. Por el cristal del escaparate de los fiambres y las conservas vi cómo acariciaba con el zapato al gatito gris que el coreano y la coreana habían llevado a su negocio la semana anterior, seguro que con la loca esperanza de que algún día el felino les ayudara a librarse del rebaño de ratas que heredaron del italiano ese que les vendió la tienda antes de mandarse mudar a Nueva Jersey para pagar menos impuestos, según estuvo contando varios días sin parar el muy mafioso. El caso es que le apartaba de sí sin violencia, empujándolo suavemente con la punta del zapato mientras descansaba el peso de su cuerpo sobre el pie izquierdo.

Al final, la coreana gordinflona y ceremoniosa entregó al tipo la pequeña bolsa de papel marrón que contenía lo que este había encargado, y él la pagó con el billete de diez pesos que Carlitos le había dado en el vuelto. También la coreana se llevó un buen susto, pero con el poco tiempo que hace que son dueños del negocio que antes fue de Torelli, ni siquiera en sueños se habría atrevido a dudar abiertamente de un cliente de aspecto tan respetable. Le devolvió ocho dólares y unas monedas y le deseó un buen día con su tradicional inclinación de cabeza, pero el sujeto ni siquiera contestó, limitándose a echar un último vistazo al pequeño bastardo peludo antes de abandonar la tienda.

Creí que iba a seguir con sus compras y hasta comencé a hacerme apuestas a mí mismo sobre el lugar en que se metería a continuación. Pero las perdí todas. Apenas caminó dos docenas de pasos y ya se metió en el café «Los tres hermanos», donde a esa hora Ramón atendía la barra, mientras Jerónimo, que es el más retorcido de esos tres boricuas retorcidos donde los haya, manipulaba las sartenes en la cocina. Decidí gastarme veinte centavos en una taza de café y en echarle una mirada más de cerca al tipo aquel.

«... y dos tostadas sin mantequilla», le oí decir aún cuando empujé la puerta de cristal y sentí en pleno olfato la bofetada de los millones de huevos y de lonjas de tocino fritos y refritos en ese café apestoso desde hace cientos de años. Tenía una voz normal, aunque hablaba un poco bajo y hacia adentro, como suelen hacerlo las personas que han vivido solas mucho tiempo. Su acento era de allá continente abajo.

El tipo aquel debía rondar los cuarenta. Llevaba lentes blancos sin aros. Una camisa de manga corta a cuadros blancos y azules con el bolsillo sobre el corazón: el mismo del que había sacado el billete de veinte dólares. Los pantalones eran color gris claro y no estaban muy limpios, y los mocasines marrones habrían agradecido un poco de betún. Se peinaba hacia atrás, y entre el negro del pelo le relucían metálicas las canas. Tenía el rostro alargado y huesudo, pero aparentemente sereno, como el de alguien que hubiera sido feliz en otra época y aún llevara dentro algún rescoldo de esa felicidad. Aunque, pensándolo bien, no creo que ese fuera su caso.

No sé por qué, pero desde el principio no lo creí. Tal vez por la rapidez nerviosa y concentrada con que empezó a escribir tan pronto como Ramón se hubo apartado de él dejando sobre la mesa un vaso de zumo de naranja, una tapa de café con leche y dos tostadas. ¡Tremendo desayuno para un tipo que lleva tres cuartos de litros de güisqui importado en una bolsa que acaba de ponerse ante los ojos, encima de la mesa! El caso es que no me lo creí y que además tenía razón en no creerme aquello de la serenidad, aunque entonces no pudiera estar seguro y tuviera que conformarme con un simple presentimiento.

El tipo escribía metódicamente en las pequeñas hojas del cuadernillo que había comprado donde los coreanos. Iba ya por la tercera carilla cuando se bebió el vaso de zumo de naranja, asiéndolo con la mano izquierda y sin levantar la vista del cuadernillo. Pasó otra página y siguió escribiendo. Ramón iba a acercárseme en cualquier momento, lo vi, y a

sugerirme que le pidiese otro café. El tipo aquel seguía escribiendo con una constancia seguro y desesperada. Me fijé que tenía manos de maestro, de alguien que no ha trabajado nunca con otras herramientas que libros y papeles. Cuando levantó la cabeza y miró hacia mí, me di cuenta de que ni siquiera me estaba viendo. Aunque me enfocaba con sus ojos, en realidad estaba mirando para dentro de sí mismo. Tal vez estuviese viendo en ese instante a la persona a la que ya llevaba escritas media docena de páginas de esas que están atravesadas de izquierda a derecha por rayitas azules.

Se me ocurrió que una carta así tiene que estar muy cerca de ser la última. Se me ocurrió también que una carta así únicamente se le puede escribir a alguien de quien se espera desesperadamente que le ayude a uno; alguien que probablemente es una mujer. ¿Qué otro sentido podía tener, si no, que un tipo se pusiera a escribir una carta en un lugar como aquel a las diez de la mañana? Pero Ramón venía ya hacia mí con su gesto especial y yo no quería seguir tragando café sólo por curiosidad, así es que salí rajando del lugar.

El sujeto tampoco se quedó allí dentro mucho tiempo. Si acaso, el necesario para escribir un par de hojitas más, masticar media tostada y largarse el café para el cuerpo de un solo trago. Luego cruzó la calle y recorrió las tres cuerdas que yo esperaba que recorriese; iba con paso cansino y con los hombros más hundidos que antes.

Me habría gustado entrar detrás de él en la oficina de correos y tratar de ver, por encima del hombro, el nombre y el lugar a los que había dirigido su decena de hojas quién sabe si colmadas de ruegos, de explicaciones, de reproches o quizá sólo de recuerdos compartidos con la persona de quien el tipo creía poder conseguir aún alguna ayuda. Pero no me atreví. Desde el principio tuve claro que con aquel sujeto no se podía uno descuidar. Había demasiada frialdad, demasiado vacío en las vibraciones que emitía. En cambio, no me quedé con las ganas de saber dónde estaba alojado exactamente. Al fin y al cabo, estamos en un país libre, y un hombre puede caminar en la misma dirección que otro durante ocho cuerdas, manteniéndose siempre a la misma distancia detrás de él y procurando no dejarse separar por los semáforos rojos, sin que eso signifique inevitablemente que el que camina delante sea el seguido, y el que camina detrás el seguidor. Sobre todo, si al que camina delante le importa un carajo lo que pueda suceder a sus espaldas.

El caso es que esa apuesta podía haberla ganado, pero no me la hice. De tan fácil como era, quizá. Porque la verdad es que era cosa de niños,

acertar que el tipo aquel sólo podía vivir donde vivía. Es decir, que sólo podía estar alojándose de paso en el lugar más próximo y barato existente al sur de la Calle Catorce. Por eso no me sorprendió lo más mínimo verlo meterse en la Calle Trece, caminar media cuadra por la acera de la izquierda, sorteando los grandes cubos de basura metálicos y las bolsas de plástico destripadas y malolientes, y subir los cinco peldaños del edificio con la fachada pintada de rosa y con una gran cabeza de mujer, también rosa, sobre el portal de entrada. Lo único que me sorprendió y aun eso sólo a medias fue ver que el tipo metía la mano en la bolsa de papel y empezaba a desenroscar el tapón metálico de la botella de güisqui sin esperar siquiera a llegar al pasillo húmedo y hediondo hacia la mitad del cual, a la izquierda, arranca el tiro de la escalera de ese caserón mitad pensión-burdel y mitad casa de vecindad para hispanos, como casi todos los edificios de esa calle.

Me quedé mirando un rato a la vieja de pelo blanco y bata de flores que, como cada mañana, tironeaba de su tiñoso perro negro y ventrudo tratando de evitar que se cagara frente a la escalinata misma por la que se había perdido el tipo aquel de unos cuarenta años. Me lo imaginé incluso tirado sobre la cama, en alguna de las habitaciones del segundo piso, que son las más limpias dentro de lo que se puede esperar de un sitio así, y con la botella de güisqui bien pegada ya a los labios. Luego me di media vuelta y empecé a caminar hacia la Primera Avenida.

Cuando llegué a la esquina ya me había olvidado de todo aquel asunto.

El asunto, en cambio, no se olvidó de mí. Apenas me dejó tranquilo durante unas horas, en realidad. Lo justo para que se acabase la mañana y para que las calles del barrio comentaran a llenarse de chiquillos que regresaban de la escuela. Para que en el patio con suelo de cemento que por aquí hace las veces de parque deportivo, apareciese la primera pandilla de adolescentes musculosos y sobrealimentados con el transistor descomunal escupiendo música rock a toda marcha, dispuestos a arruinarle la vida a cualquier ser viviente de oído delicado durante el resto de la tarde y buena parte de la noche.

Yo me hallaba de vuelta en la bodega de Carlitos consiguiéndome una de esas botellas de vino aplastadas y con la etiqueta negra de «*Night Train Express*» (¿a dónde carajo correrá todo el tiempo ese maldito tren de la etiqueta, digo yo, como no sea hacia el mismísimo centro del infierno?), para que me ayudara a espantar recuerdos durante la noche en alguna tertulia callejera, cuando oímos el aullido entrecortado de la sirena.

—Nunca he entendido por qué demonios tienen que meter tanto ruido sin necesidad —dijo Carlitos.

—Porque les gusta, caballero, porque les gusta —le respondí. Pero para entonces ya estaba rajando de la bodega con la botella en un bolsillo de la chaqueta y un presentimiento en la cabeza.

Y no me falló. La ambulancia, que había bajado por la Segunda Avenida, torcía en ese momento a la izquierda y se metía por la Calle Trece armando una escandalera de las cien mil putas. Me fui detrás sin prisa y sin curiosidad como quien va al mismo cine a ver la misma película por tercera vez. El trasto escandaloso aquel era una de las ambulancias blancas con listas anaranjadas de la City University, y pensé que el gorila que la conducía apenas debió tener tiempo de tomarle el gusto a la sirena y al acelerador, porque el hospital se halla a solo diecisiete cuadras de distancia Primera Avenida arriba.

El vehículo estaba aparcado con las puertas de atrás abiertas frente al edificio de la fachada rosa, y junto a él había comenzado a formarse ya el corrillo inevitable de mirones integrado, sobre todo, por mujeres y niños. Por la esquina de la Primera Avenida llegaban caminando con mucho baile de manos y caderas una pareja de policías de los que hacen la ronda a pie desde que el alcalde anunció que estaba dispuesto a cortar como fuera el tráfico de heroína entre los jóvenes de los barrios negros e hispanos, por eso del aumento de los asaltos y las violaciones. ¡Qué le parió! El caso es que me quedé en la acera de enfrente, porque van ya para de diez años que le perdí el gusto a eso de acercarse a las ambulancias, sobre todo si tienen las puertas abiertas y se puede ver el tinglado siniestro que llevan dentro. Además, sé por propia experiencia que sólo a los cretinos se les ocurre así no más ponerse en la línea de tiro de esa mugre de azul en un barrio como este.

Pero la verdad es que tampoco tuvimos que esperar mucho, pues en el momento mismo en que los agentes llegaban a la altura del corrillo de curiosos y estos empezaban a abrirles paso, en lo alto de la escalinata del edificio rosa aparecieron los dos ayudante sanitarios cargados con la camilla. Entonces decidí cruzar la calle, aunque me lo podía haber ahorrado.

El tipo que viajaba en la camilla no llevaba lentes, pero su rostro estaba más blanco que la ambulancia y los billetes de dólar que sobresalían del bolsillo de su camisa rezumaban un líquido espeso y negruzco. Le habían hecho un torniquete en cada antebrazo, pero la lona de la camilla estaba

empapada, y cuando lo izaron al vehículo vi las dos hileras paralelas de gotas de sangre que aquel tipo iba dejando tras de sí.

«Se ha hecho un trabajo de profesional, el desgraciado» —comentó uno de los ayudante médicos al policía que se le acercó, mientras el otro oficial empezaba a empujar suavemente a los mirones y a pedir testigos con gesto socarrón.

Me fijé en que ni siquiera le habían puesto la botella de plasma de las transfusiones, pero antes de que me fuera posible comprobar si le ajustaban o no la mascarilla de oxígeno, el gorila que estaba al volante lanzó su ruidoso bote calle Trece adelante, camino de la Primera Avenida, y nos dejó a todos con un palmo de narices. Aunque la verdad es que para entonces no quedaban muchas narices por aquel lugar, porque todos los mirones y mironas se habían desbandado y contemplaban ahora el espectáculo desde una distancia más segura, acucillados sobre la acera de enfrente o recostados con aire de indiferencia en las escalinatas de los edificios colindantes.

Se me ocurrió que una botella de güisqui, por muy deprisa que se beba, no da para hacerse un trabajo tan definitivo como el que el ayudante sanitario había mencionado. Me entraron ganas de subir a la habitación aquella del segundo piso en la que estaba pensando, y de comprobar el número de botellas vacías que debía haber tiradas por el suelo, junto a la cama deshecha y a los periódicos de varios días atrás. Seguro que había una última botella en el cuarto de baño, caída cerca de la pileta y manchada de sangre. Pero luego recordé la mirada que el tipo había tenido aquella mañana, mientras escribía la carta, y me dije que, en realidad, la cantidad de botellas que pudiese encontrar tiradas por el suelo era lo de menos, probablemente había sido siempre lo de menos en todo aquel asunto. Si acaso, una pequeña ayudita para desencadenar al fin el mecanismo aquel mucho más profundo y embriagador que seguramente le venía funcionando a toda máquina allá adentro desde hacía mucho tiempo. Y me acordé también de que aquella mañana, al sentir que su mirada me pasaba de largo en el café, se me había ocurrido la idea de que aunque aparentemente era muy temprano para que alguien anduviese comprando una botella de güisqui con la intención evidente de empezar a bebérselo en seguida, pensándolo bien, a las nueve y media de la mañana de cualquier día puede ser ya incluso demasiado tarde para algunos, lo mismo que es perfectamente posible que a los cuarenta años alguien pueda estar

convencido de que no sólo ha vivido plenamente su cuota, sino que incluso le ha sobrepasado mucho.

Junto a la escalinata, el perro asmático de la pensionista de la bata de flores olfateaba un objeto caído en el suelo, mientras su dueño lo retaba para que se apartase un poco y no volviera a hacer sus porquerías ante la entrada misma del edificio. Me bastó con una finta de patada para conseguir que la bestia se alejara de un brinco, cobardona, con el rabo bien escondido entre las piernas. Lo que aquel carajo había estado olfateando eran unos lentes blancos, sin aros, que ahora tenían uno de los vidrios rajado en mil pedazos. Me habría gustado recogerlos del suelo, pero no lo hice. En cambio, di media vuelta y comencé a caminar hacia la Primera Avenida antes de que volvieran a salir los policías.

Cuando llegué a la esquina ya estaba seguro de haber ganado la única apuesta seria me que había hecho unas pocas horas antes, mientras esperaba frente a la oficina de correos del barrio. Entonces me había apostado a mí mismo mentalmente que el tipo aquel de unos cuarenta años no había puesto ni nombre ni domicilio del remitente, en la carta que había despachado rumbo a algún lugar desconocido.

Pero la apuesta había parecido tan fácil ya por la mañana, que ni yo mismo había querido aceptármela.

Eugenio Viejo

30, Waterside Plaza 17 K NEW YORK, N.Y. 10010 (USA)



EUGENIO VIEJO GARCÍA (Madrid, España, 1942). Nace en el barrio madrileño de Lavapiés en el seno de una familia obrera. A los trece años abandona la escuela para comenzar a trabajar, y durante los diez años siguientes ejercerá diversos oficios al tiempo que busca ampliar sus conocimientos de manera autodidacta, estudiando idiomas y frecuentando ambientes como el Ateneo y el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Cumplido el servicio militar emigra a Inglaterra, donde trabaja un año en un hospital próximo a Liverpool, regresando luego temporalmente a España para obtener la cartilla de navegación que le permite enrolarse en un pequeño buque mercante que navega por el Mediterráneo. Después se dirige a Róterdam, donde es contratado como camarero de oficiales en un trasatlántico que hace la ruta Róterdam - Nueva York.

En 1966 contrae matrimonio y junto con su esposa norteamericana emigra a Chile, donde hasta 1970 trabaja en una revista de divulgación científica en cuya creación participa, compaginando las labores periodísticas con la traducción de libros. De vuelta en Madrid, a finales de 1970 es contratado como traductor por la Agencia EFE, donde permanecerá los ocho años siguientes, compaginando su trabajo con los estudios de periodismo hasta licenciarse en la primera promoción salida de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. En esa época milita política y

sindicalmente, participando junto con otros periodistas en la publicación de la revista Gaceta de Derecho Social, creada por varios despachos de abogados laboristas que asesoran al emergente movimiento obrero de oposición al régimen.

Después de la muerte de Franco, abandona la militancia política y sindical y, tras aprobar un concurso internacional convocado por la Organización de las Naciones Unidas, en 1977 es contratado como traductor y redactor de actas por la Secretaría de esa organización y viaja a Nueva York con su esposa y su hija, permaneciendo en dicha ciudad hasta 1987, cuando se traslada a la sede de la ONU en Ginebra para seguir desempeñando las mismas funciones. La naturaleza de su trabajo le lleva a viajar por África, América, Asia y Europa hasta que, en 1997, renuncia a su puesto en la organización mundial y vuelve a España con su familia, radicándose en Madrid y dedicándose desde entonces a la traducción y la escritura.